

# LOS REINOS DE ÖSÁRNUR

Kroki

KROKI

## Los Reinos de Ösárnur



El Guardián de la Corona



# Capítulo 1

## PRÓLOGO

Unos fuertes golpes en la puerta le despertaron.

—¿Qué demonios...? — Otra vez aporrearon la puerta.

Aquella mañana no esperaba a nadie, así que no se levantó, pero los golpes insistían.

Tras una breve pausa, los golpes se reanudaron, esta vez acompañados de una voz fuerte y grave:

— ¡Brenzac, sabemos que estás ahí, abre la puerta en nombre del Rey!

Al escuchar estas palabras del capitán de la guardia del Rey no le quedó más opción que levantarse y abrir.

Tras la puerta se encontraba un escuadrón de soldados de palacio, sin duda el Rey lo reclamaba y debía ser algo importante, ya que el número de soldados que se personaron en su puerta escapaba de su entendimiento.

Se vistió con su ropa de trabajo, unos pantalones y una camiseta blanca bastante agujereada, otro día más llegaba tarde. Quizás la visita de los soldados se debía a su mala puntualidad, pero no era algo usual que la guardia del Rey se personase en casa de un siervo para llevarlo a su puesto de trabajo.

De camino a palacio, toda la gente de la aldea, que ya estaban enfrascados en sus labores matutinas, se les quedaba mirando sin entender muy bien por qué un trabajador de las más bajas categorías de su Majestad iba escoltado por la guardia real.

Brenzac, muy conocido en la aldea por sus pillerías de joven travieso, les sacaba la lengua u optaba por una pose de importancia que ponía de los nervios a cualquiera que lo observase, incluso en la distancia.

Al llegar a las puertas de palacio, estas se abrieron con un fuerte chirrido.

— Deberían ponerle un poco de aceite a estas puertas, este ruido no es digno de un palacio como el nuestro — se burló Brenzac en voz baja, pero lo suficientemente alta para que le oyesen los soldados que se encontraban a su alrededor.

— La próxima vez que vuelvas a palacio ese va a ser tu trabajo — le reprendió el capitán de la guardia.

Se dirigieron, a través de pasillos largos e interminables, a una sala que Brenzac no había visto jamás.

Allí, sentado en su trono, se encontraba el Rey Maldon con cara de pocos amigos.

— Buenos días querido Brenzac. Ya me he enterado que han tenido que ir a sacarte de la cama ya que no te encontrabas en tu puesto de trabajo. No es la primera vez que no acudes o llegas tarde... pero no es este el tema que nos ocupa hoy. Siéntate, por favor.

Si aquel no era el tema que les ocupaba aquella mañana de otoño, ¿qué hacía allí? se cuestionaba Brenzac. Se sentó en aquella gran mesa en la que se encontraban todos los consejeros del Rey, los capitanes de los distintos batallones y el mago Dorton, viejo conocido de Brenzac.

— Como bien es sabido por todos, el Reino de Euribion se encuentra amenazado. Mi viejo hermano, el Rey Rinyel, no contento con heredar el mayor reino de Ösárnur, quiere apoderarse de todos los demás. Ahora bien, el gran problema no es ese, sino que algunos de los otros reinos se están aliando con él por miedo, extorsión, o simplemente por simpatía. Brenzac, este es el motivo por el cual estás aquí hoy, tenemos una misión para ti.

## Capítulo 2

I

Todavía era noche cerrada en Etris cuando Dorton llamó a su puerta. Brenzac, ataviado con sus ropas de viaje, estaba esperándolo con un té humeante en la mesa.

La morada en la que vivía carecía de lujos, pues una familia de sirvientes no podía permitirse otra cosa. A pesar de ello era un hogar, uno de esos que era casi imposible encontrar en el reino. Brenzac vivía con sus padres y sus hermanos, dos más pequeños que él y una hermana mayor a la que adoraba.

Aquella noche, por cuestiones laborales, sus padres y su hermana estaban fuera de casa, tan solo sus dos pequeños hermanos se encontraban en ella y, a aquellas horas, estaban durmiendo.

Brenzac se preguntaba qué pensarían sus padres cuando volviesen del trabajo y él no se encontrase allí, dejando a sus hermanos solos.

No había querido contarles nada acerca de la misión que el Rey le había encomendado, no lo entenderían. "Demasiado peligroso" diría su madre, "no serás capaz" añadiría su padre, "no quiero perderte" le suplicaría su hermana.

Dejaría una carta en la cocina explicando su partida. Esperaba que pudiesen perdonarle.

— Buenas noches Dorton, adelante — lo recibió Brenzac.

— ¡Oh mi querido Brenzac! Qué bien huele, veo que me conoces bien.

— Ya estoy listo para partir, tengo mi zurrón preparado con ropa y provisiones para los próximos días.

— ¿Días? — preguntó extrañado Dorton — ¡Dirás meses!

— ¿Meses? — Brenzac no entendía nada.

— Querido Brenzac... la misión que te ha encomendado el Rey nos llevará por lo menos cuatro o cinco meses. Tharcana se encuentra a unas treinta y seis lunas de aquí y, teniendo en cuenta lo que te gusta entretenerte con las cosas..., intuyo que nos llevará más tiempo del previsto — rió Dorton.

Al Rey Maldon se le había olvidado comentarle aquel pequeño detalle. Treinta y seis lunas era mucho tiempo.

Ambos se sentaron en la mesa, tomaron el té y ultimaron los detalles de su viaje. No iba a ser nada fácil pero, por el bien de su reino, de sus familias y amigos, debían lograrlo.

A pesar de ser un joven rebelde, Brenzac se caracterizaba por su poder de

persuasión y su labia, nada se le resistía, al menos hasta el momento. Estaba seguro de que, con un poco de paciencia y buenos modales, podría solucionar el problema que les atañía en aquel viaje.

Partieron al alba. Brenzac había preparado otro zurrón con ropa al enterarse de que no serían sólo unos días.

— Dorton, ¿y tus cosas?

— Querido Brenzac, soy un mago, no necesito equipaje.

El camino estaba embarrado, llevaba varios días lloviendo y eso dificultaría aun más su marcha.

Cruzaron la ciudad de Etris, capital de Euribion, en dirección norte.

Etris era una ciudad como otra cualquiera. Situada en la zona sur de los reinos de Ösárnur, contaba con barrios claramente diferenciados gracias al poder adquisitivo de sus inquilinos.

En la zona sur de la ciudad se encontraban los artesanos, con sus forjas, tabernas, carnicerías, percaderías... Se notaba que era un barrio obrero, por allí no circulaban vehículos y los niños siempre jugaban en la calle. De vez en cuando se veía pasar algún carruaje de alguien importante, de la corte, que acudía en busca de los mejores productos del reino, pero nada más.

Algunas casas, de piedra y adobe, se caían a pedazos. Se mantenían en pie gracias a los esfuerzos de sus dueños por arreglar un desperfecto por aquí, otro por allá, cuando tenían en el bolsillo lo suficiente para no morir de hambre.

En el centro de la ciudad se alzaba un gran castillo, propiedad del rey Maldon y su familia. Estaba lleno de torres, donde se podía observar un gran número de arqueros que custodiaban la vida de su majestad. Entre los ciudadanos corría el rumor de que dentro del castillo, en las mazmorras, se guardaban monstruosas criaturas. También se decía que, algunas de esas criaturas, amparaban el castillo desde el foso de la entrada, pero nadie nunca había visto una.

— No lo entiendo.

Dorton salió de sus cavilaciones.

— ¿Qué no entiendes?

— No entiendo por qué me mandan a mí a esta misión. Podría enviar sus numerosas tropas, acabar con Rínyel y sus aliados, y todos contentos y felices.

— No es tan fácil Brenzac, están en juego las vidas de muchos inocentes. Nuestro rey no quiere una guerra sanguinaria, si puede evitarla, la evitará.

En la salida norte de Etris se encontraba el arco más majestuoso de la ciudad, representando, en su piedra, todas las batallas forjadas hasta entonces por el reino de Euribion. Brenzac se preguntó si, después de este viaje, tallarían su cara en aquel lugar.

Aquella era la zona de la corte, donde vivían los individuos más ricos de la ciudad. Familias de Duques, Condes, el Obispo... Sólo había que fijarse en las señoriales casas que formaban las calles para hacerse una pequeña idea del poder que allí habitaba. En el centro de este barrio se encontraba la Catedral de Euribion. Un esplendoroso edificio con dos cúpulas y tres torres que hacía las delicias de los más creyentes. Sin duda, aquel reino emanaba poder.

Tras cruzar el viejo arco, Brenzac y Dorton se adentraron en el bosque Euphir. Brenzac jamás había salido de Etris, así que no sabía nada de lo que podría encontrarse allí. Se decía que en el bosque vivían criaturas mágicas, pero no sabían afirmar si eran buenas o malas. También se especulaba que, en el medio del bosque, había un gran lago con criaturas similares a las que el rey tenía en sus mazmorras, pero nadie nunca había visto una. Su aventura comenzaba allí. Debían elegir cuál, de los tres caminos, les llevaría a Tharcana. Siguieron el sendero que les conducía al norte.

## Capítulo 3

### II

— Brenzac, ¿cómo se encuentran tus padres? Últimamente no los he visto mucho por el castillo.

Brenzac no podía dejar de pensar en su familia. ¿Qué opinarían de la carta que les había dejado escrita?

— Se encuentran bien. Estos últimos días han faltado varias veces al trabajo, mi hermano pequeño, Gurdon, ha estado enfermo, pero creemos que han dado con la cura.

— ¡Vaya! No sabía nada al respecto.

— No pasa nada Dorton, lo hemos intentado mantener en secreto, ya sabes que a mi familia no le gusta que la traten con pena.

Brenzac era el segundo de cuatro hermanos. Cuando fue lo suficientemente mayor comenzó a ayudar a sus padres en las labores del campo, cuidaba los animales y se encargaba de sus dos hermanos pequeños.

Al cumplir la mayoría de edad, Brenzac quería trabajar fuera de casa y aportar economía al hogar, por lo que solicitó un puesto de trabajo como siervo del Rey. Pronto se ganó la confianza de éste y fue ascendiendo poco a poco, hasta que Maldon le ofreció ser parte de su guardia real. Para Brenzac aquello era un gran logro, así que no dudó en aceptar la oferta. Esta era su primera misión como guardia real del Rey Maldon. El sendero que habían elegido en dirección al norte parecía despejado, llevaban varias horas de camino y no se habían topado con ningún tipo de animal ni criatura. Tan sólo habían escuchado, a lo lejos, el sonido del agua correr, por lo que supusieron que cerca un río seguía su curso. Comenzaba a anochecer y decidieron buscar un sitio en el que refugiarse. Habían llegado a un lugar montañoso con un gran número de salientes, así que se dispusieron a montar su campamento debajo de uno de éstos. Una vez estuvieron instalados, Brenzac fue en busca de algo de leña mientras Dorton preparaba la cena.

— Dorton, ¿tú crees que llegaremos a tiempo para evitar la guerra?

— No lo sé. Los historiadores dicen que la historia siempre se repite, pero tú tienes la misión de cambiarla.

Después de cenar, los dos se tumbaron al raso a contemplar el cielo estrellado.

— ¿A qué te refieres con eso de que tengo que cambiar la historia?

— Verás Brenzac, hace unas 78 lunas y media, cuando tu abuelo todavía estaba entre nosotros, el padre del rey Maldon y su tío tuvieron una disputa similar. Nuestro antiguo Rey solicitó a tu abuelo que mediase entre él y su hermano para tratar de evitar la guerra, yo iba con él, pero no llegamos a tiempo. Aquella guerra fue una de las peores que se han vivido en estos reinos, hubo miles y miles de muertes, en su mayoría gente inocente que sólo quería vivir en paz y salvar a su familia. Ahora la historia se repite con sus hijos y tú eres el encargado de evitar que

sucediera lo mismo.

— ¿Y si no lo conseguimos?

— Lo conseguiremos.

Tras esta afirmación, ambos se quedaron dormidos.

Al alba del día siguiente, después de tomar un pequeño desayuno, reanudaron su viaje en dirección al norte. Se avecinaba una jornada apacible, el sol brillaba en el cielo azul, no había nubes a la vista y la temperatura era muy agradable.

Tras varias horas de camino, encontraron un pequeño arroyo donde pudieron reponer sus cantimploras y, tras quejarse de que tenían hambre, buscaron un lugar cercano para sentarse a comer.

Aprovecharon la pausa para descansar y dormir una pequeña siesta, hasta el anochecer todavía les quedaban unas cuantas horas de viaje.

A Brenzac le rondaban muchas preguntas en la cabeza, ni su abuelo ni sus padres le habían contado nada sobre la historia que Dorton le había contado la noche anterior. No tenía ni idea de que su abuelo había servido al antiguo rey de Euribion. Ahora le tocaba a él cumplir con una misión similar, pero esta vez tendría un final diferente se había dicho antes de quedarse dormido.

Estaban recogiendo las cosas cuando escucharon ruidos a lo lejos, parecía un forcejeo. Terminaron lo más rápido que pudieron y salieron corriendo en dirección al bullicio que iba cesando poco a poco. Llegaron a una zona repleta de vegetación y tuvieron que abrirse paso entre la maleza para llegar al lugar de la contienda, parecía que todo había terminado ya.

A unos pocos metros de donde se encontraban observaron que algunas hierbas estaban aplastadas, "quizás son pisadas, o quizás alguien ha caído ahí" pensó Dorton. Sacaron sus espadas y se acercaron sigilosamente, intentando no hacer ruido, si todavía quedaba alguien allí no querían verse sorprendidos por alguna flecha.

Llegaron a dicho lugar y se asomaron desde detrás de un árbol. Cuál fue su sorpresa que, sobre aquellas hierbas se encontraba una muchacha. No sería mucho más mayor ni mucho más pequeña que Brenzac, vestía con ropa de viaje, su equipaje estaba esparcido por todo el suelo y apenas respiraba.

Se acercaron rápidamente hasta donde se encontraba la chica y la observaron meticulosamente, si no actuaban con rapidez moriría.

Dorton comenzó a rebuscar en su equipaje mientras Brenzac intentaba reanimarla, sacó un frasco pequeño con un ungüento que despedía una especie de vapor. Cuando Dorton lo abrió el ambiente se llenó de un olor extraño, casi nauseabundo. Se acercó a la chica y le puso aquella pasta por el cuello y el pecho mientras Brenzac no cesaba en sus maniobras de reanimación. Después de unos angustiosos minutos la chica respondió y cogió una gran bocanada de aire, un momento después abrió los ojos y los miró con terror.

Al ver aquella mirada ambos retrocedieron un poco y le dieron a la muchacha el espacio suficiente para que ella sopesara si fiarse de ellos o echar a correr.

Ella se incorporó y, tras una pequeña deliberación interior, decidió tantear

el terreno antes de tomar una decisión firme. Los observó con determinación y sólo vio a un anciano y un joven, con pocas armas y sin muchas intenciones de atacar. "Si quisieran matarme ya lo habrían hecho o no me hubiesen ayudado" pensó la chica.

-Hola...-titubeó.

-Hola-contestó Brenzac-¿Te encuentras bien?

-Bueno... me duele un poco la cabeza. ¿Quiénes sois?

-Me llamo Brenzac, y este es mi viejo amigo Dorton. ¿Qué ha pasado aquí? Escuchamos unos ruidos extraños y nos acercamos lo más rápido posible.

La chica resopló.

-Un grupo de saqueadores me atacó cuando estaba volviendo a mi hogar.

-¿Saqueadores? ¿En Euribion? Eso es casi imposible.

-Sí...bueno... Por las ropas que llevaban no parecía que fuesen de aquí, sino más bien del norte.

Aquello explicaba muchas cosas. Seguramente Rinyel había enviado un grupo de espías para recabar información sobre cómo se encontraba el reino de Euribion en aquellos momentos y que intenciones tenía el rey Maldon acerca de la carta que le había escrito meses atrás.

-Y tú, ¿hacia dónde te diriges?-le preguntó Dorton.

-Iba de camino a Eron, en el reino de Orir.

-¿Eres de allí?-quiso saber Brenzac.

La chica asintió.

-Y ¿cómo te llamas?

-Soy Xeljah, encantada.

Xeljah, a Brenzac le gustaba ese nombre. Tras unos minutos más de conversación y terminadas las presentaciones, Xeljah acompañó a Brenzac y Dorton en su camino hacia el norte, en dirección a Eron. A ellos les quedaba de paso, así que aprovecharían para descansar allí un par de días y reponer sus provisiones de nuevo. Además, en vista de los peligros que acechaban el bosque en aquellos tiempos, comprarían nuevo armamento. Estuvieron hablando todo el camino, siempre atentos a cualquier ruido extraño por si volvían los saqueadores. Xeljah les contó que sus padres tenían una forja en Eron y que ella, como buena hija, les ayudaba allí. Se encontraba tan lejos de casa porque el rey Maldon les había encargado nuevo armamento y había ido a Etris a entregárselo en persona. No era el procedimiento habitual, pero al ser un armamento caro sus padres no habían querido arriesgarse a mandar a cualquier mensajero para que la entrega.

Llevaba varios días de viaje cuando, aquella mañana, había sido atacada por aquellos malhechores. La habían sorprendido mientras dormía y, al intentar defenderse, casi la matan. Se habían llevado su arco y su carcaj, además de todo el dinero que traía encima por la venta de las armas.

También les contó que era una excelente arquera. Se estaba preparando para hacer las pruebas para entrar en la guardia real, pero ahora que no tenía armamento no sabía qué sería de su futuro.

-Y vosotros ¿por qué estáis de viaje?-preguntó Xeljah.

–El rey Maldon nos ha enviado a Tharcana para una misión de paz–le explicó Brenzac.

–¿Una misión de paz?

Brenzac le contó lo que sucedía, cómo el rey Rinyel quería apoderarse de todos los reinos de Ösárnur, pero tampoco sabía muchos más detalles de su misión. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el rey Maldon no le había contado casi nada acerca de qué tenía que hacer y para qué lo mandaba a Tharcana.

–Dorton, tú tienes que conocer más detalles de la misión.

–Por supuesto querido Brenzac, pero todo a su debido tiempo–y Dorton le dedicó una amplia sonrisa a su amigo.

Estaba llegando el ocaso cuando, a lo lejos, divisaron las luces de una ciudad. Se apresuraron para llegar antes de que la oscuridad lo invadiese todo y, justo cuando los últimos rayos del día alumbraban lo justo para no tropezar, los tres cruzaban el arco principal de la muralla de piedra que rodeaba la ciudad de Utycya.

## Capítulo 4

III

Utycya se encontraba interna en el corazón del bosque Euphir, rodeada de árboles por todos sus puntos cardinales se conocía como la Ciudad de la Magia, Dorton pertenecía a aquella hermosa ciudad.

Al cruzar los muros de piedra y observar las edificaciones que se alzaban a su alrededor, Brenzac y Xeljah solo pudieron abrir la boca y admirar toda su belleza. Aquellos edificios realmente tenían que ser cosa de la magia. Nada más entrar, frente a ellos, se encontraba una fuente con una extraña escultura que tenía una boca por la que salían varios chorros de agua. A la derecha una calle llena de tiendas que, en aquel momento, ya se encontraban cerradas casi en su totalidad. Seguramente sea una de las calles principales de la ciudad, pensó Brenzac. A su izquierda, otra calle llena de construcciones con unas fachadas llenas de ornamentos, sin duda, las viviendas de los habitantes de Utycya. En la mayoría de los balcones colgaban plantas de todos los colores, muchas de ellas plantas medicinales y plantas mágicas, les explicó Dorton. No cabía la menor duda de que aquella ciudad era hermosa en toda su extensión.

Dorton los condujo hacia el oeste, por la calle llena de casas, hacia una posada que se encontraba en una plaza al final de la vía. Aquella plaza rezumaba magia por sus cuatro costados. En el centro de la misma, otra fuente con la cabeza de otra extraña criatura que parecía que observaba todos sus movimientos.

La entrada a la posada se encontraba en la cara norte de la plaza. Por fuera parecía una posada cualquiera, con una fachada ornamentada al igual que el resto de casas del lugar y plantas y flores colgando de sus balcones. Desde detrás de la puerta salían sonidos producidos por la gente que, seguramente, estaba cenando en el mesón.

Abrieron la puerta, el mesón estaba a rebosar de gente, casi todos comerciantes que estaban de paso en la ciudad. Dorton se acercó a la tabernera, le pidió dos habitaciones para aquella noche y tres platos de comida. La tabernera, alegremente, les indicó que sólo les quedaba una habitación vacía, si querían quedarse tendrían que compartir catre.

Aceptaron la oferta pues era muy tarde como para ir en busca de otra pensión y, posiblemente, todas estarían completas, se acercaba una gran celebración en la ciudad y estaba repleta de comerciantes, magos, feriantes y curiosos que querían disfrutar de aquella magnífica fiesta.

Subieron a su habitación por unas escaleras que habían tenido mejores tiempos. Llegaron a un estrecho pasillo lleno de puertas a ambos lados, y se dirigieron hacia el fondo. La penúltima puerta a la izquierda pertenecía a sus aposentos. "Si los saqueadores estuviesen cerca y quisiesen matarnos durante la noche no tendrían ningún impedimento" pensó Xeljah observando las tablas apolilladas. Abrieron con la llave que les había dado la tabernera y se encontraron con una habitación húmeda, pequeña y

angosta, Dorton tenía grandes dificultades para caber de pie. La estancia contaba con dos pequeños catres, uno a cada lado, y un espacio entre ellas suficiente para que pudiese dormir una persona más. A la derecha de la puerta había un pequeño lavabo que goteaba y unos barreños, para asearse supusieron todos. No había ni rastro de un sitio donde poder hacer sus necesidades. Tendrían que conformarse con aquello si no querían dormir a la intemperie del bosque otra vez, así que dejaron el poco equipaje que llevaban y bajaron a cenar.

Al llegar al comedor abarrotado, vieron una pequeña mesa en un rincón, preparada con tres servicios, supusieron que era para ellos y se sentaron. Una joven sirvienta se acercó y les preguntó que querían beber y comer, en poco tiempo estaban enterrando sus cucharas en unos cuencos de sopa humeante.

Mientras cenaban, Brenzac no pudo evitar escuchar la conversación que mantenía un grupo de comerciantes en la mesa contigua a la suya.

–Un comerciante del reino de Norandus nos dijo hace dos lunas que el rey Rinyel estaba preparando un gran ejército, pero nadie sabe para qué–dijo un hombre de barba frondosa y mirada fría.

–Cuentan las malas lenguas que quiere atacar Euribion para hacerse con el poder de todo Òsárnur–comentó un joven imberbe que estaba sentado a su lado.

–Si los rumores son ciertos, que los dioses nos pillen confesados a todos–añadió la sirvienta que estaba vertiendo más vino en sus cuncas de barro.

Brenzac miró a Dorton y Xeljah con preocupación en sus ojos.

–¿Habéis escuchado lo mismo que yo?

–Parece que el rey Rinyel no se anda con tonterías–comentó Xeljah.

–Dorton, hay que darse prisa o no llegaremos a tiempo.

–Calma joven Brenzac, llegaremos a tiempo y cumpliremos nuestra misión.

Tras la cena, subieron a sus aposentos. Dorton y Xeljah se acostaron en los catres y Brenzac se acomodó sobre un montón de mantas entre las dos camas. No tardaron en dejar que el sueño los arrastrase, excepto Brenzac, que no podía dormir. Si no partían aquella misma mañana y se daban prisa no llegarían a tiempo para hablar con Rinyel y convencerlo de que detuviese aquella absurda guerra. Dorton no había comentado nada de partir con premura, "calma joven Brenzac, llegaremos a tiempo y cumpliremos nuestra misión" había dicho durante la cena. Aquellas palabras no paraban de repetirse en su cabeza. Parecía como si Dorton no tuviese prisa por cumplir el mandato del rey, y eso que ya había fallado una vez.

Se dió la vuelta sobre las mantas y vió que Xeljah tenía los ojos entreabiertos, lo estaba observando. En voz baja le dijo:

–¿Qué estás pensando? ¿Por qué no duermes?

Brenzac suspiró:

–No consigo conciliar el sueño, toda esta aventura quizás me venga grande, no se por qué el rey Maldon me ha elegido a mí para llevarla a cabo.

–Si lo ha hecho será porque ve algo en ti que no ve en los demás, deberías sentirte alagado.

–Xeljah...–titubeó Brenzac.

–¿Sí?

–¿Tú nos acompañarías en esta aventura? Sé que tienes una familia y una forja que atender pero...

Xeljah sonrió. Nunca nadie le había hecho una propuesta semejante.

–Cuando lleguemos a Eron lo hablaré con mis padres, pero por mi parte me encantaría acompañaros.

Durante el desayuno del día siguiente y muy en contra de lo que Brenzac opinaba, decidieron que se quedarían en aquella ciudad un par de días con el fin de conseguir provisiones y armarse mejor de lo que iban. Hablaron con la tabernera y solicitaron un par de noches más en aquella posada, también en contra de lo que Brenzac opinaba, no había pasado muy buena noche.

Aquella mañana Dorton fue a visitar a unos viejos amigos para ver si podía conseguir más información acerca de los rumores que habían escuchado la noche anterior., mientras que Brenzac y Xeljah pasearon por la ciudad y buscaron el mejor comerciante de armas.

Dorton se dirigió al norte de la ciudad. Conocía aquellas calles como la palma de su mano. Habían tenido tiempos mejores. La guerra que se libró hacía setenta y ocho lunas dejó diezmada la ciudad y multitud de ruinas. Utycya había sido una de las ciudades más importantes del reino por su gran comercio, y sus habitantes poseían grandes riquezas. Ahora, muchos de los edificios más valiosos de la ciudad, eran simples vestigios del poder que albergaron durante lunicios, no lograron recuperarse de la devastación.

Se dirigió a la Avenida Luna Oscura. Aquella calle estaba llena de casas iluminadas apenas por las luces de unas pocas velas. En ese lugar se respiraba un ambiente totalmente mágico. Era la calle donde residían casi todos los magos del reino de Euribion.

A la vuelta de la esquina más cercana a su posición se encontraba la guarida de su gran amigo Kempo. Habían pasado cerca de catorce lunas desde la última vez que se vieron en la reunión lunar de magos a la que Dorton no había vuelto a asistir desde entonces. Se preguntaba cómo se encontraría después de tanto tiempo. Kempo ya era un mago bastante mayor sobre el que pesaban muchas guerras, reuniones, encuentros y desencuentros.

Cogió la aldaba de la puerta y llamó. Cuando la puerta se abrió contempló a un hombre muy anciano, encorvado y con una barba blanca larga y espesa. Sus movimientos eran lentos y andaba ayudado de una cachaba cuya empuñadura representaba la cabeza de un dragón.

–Te veo bien Kempo.

–¡Oh mi querido Dorton!–exclamó el anciano.–Tú, en cambio, estás más viejo–rió.

Dorton se acercó a Kempo y le dio un cálido abrazo.

–Pasa, estaba a punto de tomar el té.

Al cruzar el umbral, Dorton se encontró con una casa antigua, de las que

ya no existían. La decoración era del lunicio pasado, por lo menos. Sus pasillos eran estrechos, el espacio justo para permitir el paso de una persona. Las escaleras de caracol, tanto hacia arriba como hacia abajo, al fondo del pasillo tenían una capa de polvo considerable.

–¿Estas son tus mascotas?–preguntó Dorton señalando las decenas de arañas que colgaban de las escaleras.

–¿Quieres llevarte una?–le vaciló Kempo.

Lo condujo por la puerta que estaba a la derecha y, tras la cual, se abría un amplio salón. Al fondo había una gran estantería repleta de libros, seguramente con todos los ejemplares sobre magia que había en el reino. Aquella biblioteca podría ser la más completa de todo Ösárnur. En el centro de la estantería había una chimenea que, en aquel momento, se encontraba encendida.

–Adelante, siéntate, voy a por el té.

Dorton se sentó en un sillón marrón muy envejecido. Se encontraba justo delante de la chimenea y, en frente, había otro sillón igual de viejo que ese. Entre los dos, una mesa redonda con patas de forja.

Kempo entró en el salón con una bandeja en la que portaba dos tazas y una tetera humeante. Conocía aquel té, recordaba su olor, olor a primavera, a aquellas tardes que pasaban juntos cuando apenas comenzaban a flirtear con la magia, a secretos para siempre, el olor que siempre los había acompañado, el que le hacía recordar su juventud, el que le recordaba a él, la casa de Kempo siempre olía así.

–Espero que este té sea de tu agrado, querido, no sé si lo habrás probado alguna vez.

Dorton no entendió aquello. ¿Se habría olvidado?

–Creo que alguna vez lo he tomado en tu casa, si mal no recuerdo.

–No lo creo, es la primera vez que lo compro.

Aquel hombre había perdido la memoria, Dorton sintió una punzada de dolor en el pecho y lo invadió una profunda tristeza.

Hablaron de todo y de nada, de tiempos pasados, de tiempos mejores, se contaron todo lo que había pasado en sus vidas desde que dejaron de verse.

–¿Y qué haces otra vez en Utycya? Los últimos rumores que escuché sobre ti fueron que te encontrabas en Útum sirviendo al rey Zarcor.

–Eso fue hace muchas lunas. Ahora estoy aquí, en Euribion, ayudando al rey Maldon.

–¿Es verdad eso que dicen de que Rinyel quiere el poder de todo Ösárnur?

–Parece que sí. Eso es lo que voy a averiguar en las próximas lunas.

Dorton le contó a Kempo su misión junto a Brenzac, y le pareció una auténtica locura. Después de un rato largo de conversación, le preguntó si podría venderle algunas pociones y ungüentos, pues se había quedado sin provisiones y no tenía tiempo de fabricar las suyas propias. Tras guardar todo en su zurrón, se despidieron cariñosamente hasta la próxima y Dorton emprendió el camino de vuelta a la posada.

## Capítulo 5

IV

Mientras Dorton iba en busca de su viejo amigo Kempo, Brenzac y Xeljah vagaron por las calles de la ciudad en busca de una buena forja. Gracias al oficio de sus padres, Xeljah era bastante conocida entre los herreros del reino.

Se dirigieron hacia la entrada de la ciudad que conocían del día anterior. Desde allí irían hacia el este de la ciudad, a la calle donde habían visto un gran número de tiendas, con la esperanza de que, cerca de ese lugar, se encontrase el barrio de los talleres.

Anduvieron admirando la belleza de los edificios y echando un vistazo aquí y otro allí en los distintos escaparates con los que se fueron topando. En la mayoría de tiendas se vendía comida, tanto del reino de Euribion como de los otros reinos de Ösárnur, libros, desde infantiles hasta mágicos pasando por algunos que no servían para nada, y ropa, de todos los tipos y colores.

Sin apenas darse cuenta llegaron a una zona amurallada de la cual provenía un gran estruendo. Al escuchar los diferentes ruidos del ambiente se dieron cuenta de que habían llegado al lugar que estaban buscando.

Acostumbrados a aquel fragor tan común en las distintas ciudades de aquellos reinos, se internaron por las calles del barrio de los talleres buscando una forja donde poder comprar armas nuevas para el viaje. Tras recorrer todas las forjas que encontraron por el camino y no satisfechos con ninguna, decidieron ir a tomar un trago a una taberna que habían visto en una esquina unas calles más atrás.

–Va a ser imposible encontrar un herrero que nos venda armas a un módico precio–se quejó Brenzac.

–Si no fuera porque hemos recorrido todas las forjas de la ciudad, diría que eres un pesimista aguafiestas–le contestó Xeljah.

La tabernera, una joven que debía rondar la edad de ambos, mientras les servía sus bebidas no pudo evitar escuchar la conversación.

–Si no os importa que quien os venda esas armas que buscáis sea una mujer, yo conozco una que no trabaja nada mal.

Pagaron y dejaron una suculenta propina a la tabernera como agradecimiento por la información que les había proporcionado.

Salieron de la taberna con más ánimo del que tenían cuando entraron y se dirigieron hacia el noreste de la ciudad. La tabernera les había explicado la ubicación de la fragua a la que tenían que dirigirse, así que buscaron el río que cruzaba ese barrio y lo siguieron por la orilla. Después de andar durante unos minutos vieron a lo lejos el humo que salía por la chimenea de una pequeña edificación, lo que significaba que la herrera se encontraba trabajando.

El taller estaba ubicado a la orilla del río, franqueado por árboles en todo

su alrededor excepto en la puerta principal. Pasaba desapercibido a los ojos de los extranjeros que pasasen por allí. Se acercaron a la puerta y la golpearon.

–Buenos días. Nos gustaría comprar algo de armamento.

La herradora los miró de arriba abajo como si pretendiese evaluar a los clientes que tenía delante de su puerta.

–Adelante, pasad.

Hacía mucho calor allí dentro. Los hornos estaban encendidos y desprendían un bochorno soporífero, Brenzac no entendía como alguien podía trabajar en aquellas condiciones.

–Y bien, ¿qué tipo de utensilios querrían adquirir?

–Me robaron mi arco y mi aljaba hace un par de días así que me gustaría reponerlos, y él...–Xeljah le dio un codazo a Brenzac para que reaccionara, se había quedado embobado observando todo el taller.

–Emm... sí, yo quería... emm...

–Por dios Brenzac, ¡reacciona!–le apremió Xeljah con cara de impaciencia.

–Perdón–se avergonzó–querría una buena espada, no muy pesada, y un escudo lo suficientemente grande para cubrirme. ¡Ah! y me gustaría tener una armadura, ligera y que me proporcione gran libertad de movimiento.

–¿Y para cuándo querrían que lo tuviese todo listo?

–Lo antes posible, partiremos hacia el norte en un par de días.

La herradora sopesó la propuesta, era muy poco tiempo para todo el trabajo que conllevaba el encargo que querían hacerle.

–Un par de días es muy poco tiempo para todo el material que me pedís. Como pronto podría tenerlo en cuatro días.

Brenzac y Xeljah se miraron, no estaban seguros de disponer de tanto tiempo.

–Denos un momento, tenemos que valorarlo.

–Por supuesto, seguiré a lo mío, cuando hayan tomado una decisión avísenme.

Ambos salieron de la forja.

–¿Qué hacemos? Dorton dijo que partiríamos en un par de días, no tendrá nuestro armamento a tiempo.

–Dorton insistió en quedarnos un par de días en la ciudad muy en contra de lo que yo quería–pensó Brenzac en voz alta–quizás si le proponemos quedarnos un par de días más no ponga impedimentos.

–Puede que tengas razón, él conoce mucha gente aquí, seguro que encuentra cosas que hacer mientras tanto.

Entraron de nuevo en el taller y llamaron a la herradora. Le comunicaron su decisión, querían las armas y harían todo lo posible por pasar unos días más en la ciudad con el fin de poder partir armados de allí. La herradora tomo medidas de Brenzac para la armadura, pero también se las tomó a Xeljah.

De vuelta a la posada decidieron parar de nuevo en la taberna para tomar un último trago y agradecer a la tabernera su recomendación.

## Capítulo 6

V

Al llegar a la posada subieron directamente a la habitación en busca de Dorton, pero éste todavía no había llegado, así que volvieron a bajar dispuestos a cenar algo. Habían pasado tanto tiempo en la taberna después de regresar de la forja que no se habían dado cuenta de la hora que era.

Pidieron unos trozos de carne y los acompañaron de unas cervezas. Por la hora que era suponían que Dorton llegaría cenado.

Estaban terminando de comer todo lo que les habían puesto en los platos cuando se abrió la puerta y apareció el mago.

–Buenas noches Dorton, ¿dónde te habías metido?

–Buenas noches chicos. Vengo de ver a un viejo amigo, no me di cuenta de lo tarde que era hasta que volví a pisar la calle–se disculpó

Dorton.–Habéis cenado ya por lo que veo.

–Discúlpalos, creímos que, por la hora, ya habrías cenado.

–No pasa nada, de todas formas tampoco tengo hambre, me tomo una cerveza con vosotros y subiré a la habitación a dormir, ilos años ya no pasan en balde!

Cuando Dorton se fue, Xeljah sentía una inquietud extraña.

–¿No te parece que estaba un poco raro?

–No sé, yo no he notado nada fuera de lo normal.

Ellos también subieron a la habitación dispuestos a dormir pero Xeljah no paraba de dar vueltas, así que decidió levantarse y dar un paseo por las inmediaciones de la posada.

El cielo estaba despejado y se podían observar todas las constelaciones. Poco a poco se acercaba el invierno y, a pesar de ello, todavía no hacía demasiado frío, el verano se había alargado más de lo habitual. Olía a humo, era tarde y las chimeneas de los hogares de Utycya exhalaban sus últimas nubes de vapor.

Xeljah vagó por las calles aledañas, sin ningún rumbo fijo. De repente vio un grupo de personas reunidas en un callejón, era muy tarde y aquello le pareció sumamente extraño. Se acercó sigilosamente, se escondió detrás de unas cajas y se dispuso a escuchar la conversación que se llevaba a cabo.

–Kempo, ¿podemos contar con la ayuda de Dorton?

–No lo sé, lo que me ha contado esta tarde es que está ayudando al Rey Maldon, el cual le ha encargado la misión de averiguar que intenciones tiene Rinyel para con su rey, va con un joven llamado Brenzac y su intención es partir en un par de días hacia Ibardaia.

–Tienes que impedirlo, tiene que permanecer aquí unos días más y tienes que convencerle de que se una a nosotros. Dorton es un gran mago y sería muy útil para Rinyel.

–Yo... No sé si seré capaz–dudó Kempo.

–Da igual si te crees capaz o no, tienes que hacerlo y punto, no se hable más.

Después de estas palabras del que parecía el líder de aquel comité los hombres fueron saliendo uno a uno del callejón. Xeljah se ocultó lo mejor que pudo para no ser descubierta.

No podía creer lo que acababa de escuchar. El Rey Rinyel quería a Dorton de su lado y, por lo visto, estaba dispuesto a casi todo para conseguirlo, tenían que irse de Utycya lo antes posible.

Corrió todo lo rápido que pudo en dirección a la posada. Despertaría a Brenzac y le contaría lo que había averiguado, necesitaba saber que pensaba él acerca de todo aquello.

–No puede ser cierto, Dorton me contó antes de encontrarte que tenía un amigo aquí, en Utycya, al que visitaría y pediría ayuda para nuestra misión. Si ha ido a verlo mientras nosotros íbamos en busca de armamento seguramente se lo haya propuesto ya y Dorton lo haya rechazado.

–Por lo que he escuchado en el callejón, no me ha parecido que Dorton sepa nada por ahora. Eso sí, ellos conocen nuestros planes, lo que significa que Dorton se lo ha contado a ese tal Kempo. Tenemos que irnos de esta ciudad antes de que convenzcan a Dorton de unirse a ellos.

–Dorton nunca haría una cosa así.

–¿Tan seguro estás?

–Tan seguro como de que te has puesto la camiseta al revés.

Xeljah echó un vistazo a su ropa y, efectivamente, llevaba la camiseta del revés. Brenzac rió al ver cara contrariada, y ella le tiró a la cabeza algo que encontró en el suelo. "Será estúpido" pensó Xeljah para sí misma mientras lo miraba con cara de pocos amigos.

A la mañana siguiente, cuando los tres bajaron a desayunar, ambos amigos estaban dispuestos a preguntarle a Dorton por su visita del día anterior, querían averiguar si su amigo le había dicho algo relacionado con lo que Xeljah había escuchado en aquel callejón.

Al llegar al comedor de la posada su sorpresa fue que Kempo, el amigo de Dorton que se encontraba en aquel callejón, lo estaba esperando para desayunar con él. Brenzac y Xeljah no tuvieron otro remedio que sentarse en otra mesa, ya que Dorton quería desayunar a solas con su amigo. No perdieron detalle de los movimientos que se realizaban durante aquella conversación con el fin de reconocer cualquier indicio de la traición que Kempo deseaba que Dorton llevase a cabo.

–Querido Kempo, ¿a qué debo el placer?

–Hola Dorton, buenos días. Me apetecía desayunar con mi viejo amigo antes de que parta en su importante misión – le contestó Kempo bajando la voz en sus últimas palabras.

–¡Perfecto! Desayunemos entonces, yo invito – y Dorton llamó a la camarera de la posada para pedir.

Comieron recordando los viejos tiempos y riendo como hacía mucho tiempo que ninguno de los dos reía. Se habían echado de menos.

Cuando ya no quedaba nada más que llevarse a la boca Kempo habló:

– Dorton, además de venir a desayunar contigo, he venido a hacerte una

propuesta que me gustaría considerases. Sé, porque ayer así me lo hiciste saber, que estás llevando a cabo una importante misión para el Rey Maldon, pero como has pasado mucho tiempo fuera de este reino no sabes como funcionan ahora las cosas por aquí. Maldon se ha convertido en un ser despreciable, engreído e irrespetuoso con sus ciudadanos. Nadie está contento con él y tiene enemigos por todas partes, no me extrañaría que cualquier día lo encontrasen muerto en cualquier esquina, incluso dentro de su propio palacio. Sus trabajadores no hablan muy bien de su majestad. Por todo esto, quería proponerte, mi querido Dorton, que te unes a mi en el proyecto que estamos realizando junto al Rey Rínyel. Si te unes a nosotros te prometo que no te arrepentirás.

Dorton no salía de su asombro, su amigo, su amante, aquel al que siempre había adorado, le estaba pidiendo que se uniese a él en contra del Rey Maldon, y él no podía creérselo.

– Kempo... Yo...

– No tienes que contestarme ahora, tomate unos días para sopesarlo y ven a verme.

Kempo se levantó de la mesa, besó a Dorton en la frente y salió de la posada.

En el momento en el que la puerta se cerró, Brenzac y Xeljah ya estaban sentados en la misma mesa que Dorton, querían saberlo todo acerca de aquella conversación que había mantenido con su amigo.

– No es el momento queridos, necesito subir a la habitación y echarme un rato, no me encuentro muy bien, creo que este copioso desayuno ha sido demasiado para mi frágil estómago. – Y, tras estas palabras, se levantó y subió las escaleras.

Brenzac y Xeljah no daban crédito a lo que estaba pasando, no entendían nada.

– ¿Crees que se lo habrá propuesto?

– No lo sé, yo no conozco a Dorton tanto como tú, ¿tú crees que se lo ha propuesto?

– Tampoco lo sé, nunca lo había visto reaccionar de esta manera, así que planteo dos opciones. Opción uno, se lo ha pedido y lo va a considerar, y opción dos, realmente ha comido demasiado – propuso Brenzac.

– No lo conozco apenas pero mi intuición me dice que es la primera opción.

– Espero que te equivoques esta vez y sea la segunda.

Tras pasar gran parte del día recorriendo la ciudad, conociendo sus rincones y probando todos los platos típicos que les cupieron en el estómago, se acercaron al río que cruzaba el barrio de los talleres para dar un último paseo antes de regresar a la posada para la cena.

Sin darse cuenta, mientras hablaban y reían, llegaron hasta la forja de la herrera a la que le habían encargado sus armas y armadura. Aquel día no salía humo por la chimenea, lo que significaba que no estaba trabajando en aquel momento. Se preguntaron si tendrían su encargo a tiempo y decidieron acercarse a preguntar.

Estaban a punto de llamar a la puerta cuando escucharon unos ruidos procedentes de la parte trasera del taller. Sigilosamente se abrieron paso

entre los árboles y las hierbas que rodeaban la forja y se asomaron por la esquina. Lo que vieron no les dejó indiferentes.

Varias personas, hombres y mujeres, estaban reunidos allí, entre todos ellos se encontraba la herrera. Parecía que estaban discutiendo, pues se escuchaban sus voces a un alto volumen pero no se entendía nada de lo que decían. La forjadora aparentaba estar inquieta, estaba claro que aquella situación no le agradaba en absoluto.

Xeljah vio que una de las ventanas del taller estaba entornada.

– Esa ventana de ahí está abierta. Si encontramos algo a lo que nos podamos subir podríamos entrar en el taller y acercarnos más a ese grupo de personas, quizás así escuchemos lo que están diciendo.

– Quédate aquí, iré a buscar algo que nos sirva para subir hasta ahí.

Brenzac desapareció por el mismo sitio por el que habían llegado. Xeljah se asomó de nuevo y observó que la conversación había subido de tono. Brenzac no tardó en llegar de nuevo con una caja de madera, la colocó debajo de la ventana y ambos pudieron entrar dentro de la forja.

Todos los hornos estaban apagados así que, o bien la herradora no había trabajado en todo el día, o aquellas personas llevaban un largo rato allí.

Se acercaron a la puerta trasera del taller para ver si de esa forma podían escuchar algo de lo que se estaba hablando fuera.

– Seguro que tienes algún tipo de información. Es un joven alto, moreno, con la ropa muy desgastada. Y lo acompaña una chica, no tan alta como él pero más alta que la media de mujeres.

– Todavía no me habéis explicado por que motivo los estáis buscando – reclamó la herrera.

– Eso no es de tu incumbencia mujer, dinos todo lo que sepas y nos iremos de aquí.

– No sé nada, no he visto a esos dos chicos en mi vida.

– ¡Miente! – gritó una mujer.

– Y por qué iba yo a conocerlos.

– Otros herreros nos han dicho que han estado buscando armas. Han estado en sus forjas pidiendo presupuesto, pero curiosamente no han vuelto a ninguna de las forjas para realizar el encargo.

– Este taller está lo suficientemente escondido como para que gente extranjera lo encuentre, aquí no ha venido nadie que no fuese de la ciudad.

– Está bien, te vamos a creer, pero si nos enteramos de que esos chicos han estado aquí y nos has mentado o vienen en algún momento y no nos lo comunicas, entonces vendremos a por ti.

El grupo de personas se dirigió a la puerta trasera del taller, tenían que esconderse antes de que pudiesen ser vistos, era evidente que aquellos hombres los estaban buscando a ellos.

Vieron unas escaleras cerca de ellos que conducían a lo que parecía un sótano, no dudaron y bajaron lo más rápido que sus piernas les permitieron.

Cuando solo quedo la herrera dentro del taller, ambos regresaron a la planta de arriba, tenían que hablar con ella urgentemente.

– ¿Qué hacéis aquí?

– Queríamos ver que tal iba nuestro encargo, hemos escuchado ruidos en la parte de atrás y nos hemos asomado, como no escuchábamos nada de lo que hablabais hemos visto una ventana abierta y hemos entrado. Nos buscan a nosotros, ¿vedad?

– Me temo que sí. Deberíais irnos de Utycya lo antes posible, son soldados de Rínyel y saben que queréis evitar la guerra, no lo van a permitir. Si os encuentran os llevarán ante su rey y sabe Dios de que será capaz.

– No podemos irnos, necesitamos nuestras armas y la armadura de Brenzac, de no tenerlas entonces no llegaremos muy lejos.

– Lo sé, intentaré darme toda la prisa que pueda. Hoy, con todo este follón, no he podido trabajar casi nada, pero os prometo que esta noche trabajaré en vuestros utensilios. En cuanto tenga todo listo os lo haré saber.

– Gracias.

– Una última cosa antes de irnos. Deberíais cambiar de posada, esa posada en la que estáis no están muy contentos con el Rey Maldon, si estos hombres van a buscaros allí dad por sentado que os delatarán. Será mejor que vayáis a la taberna donde os recomendaron que vinieseis aquí, la tabernera es mi amiga y podéis confiar en ella.

Salieron corriendo de allí vigilando sus espaldas por si aquellas personas aparecían. Se dirigieron a la posada en la que se hospedaban con la intención de recoger sus cosas y regresar a la taberna del río. Solo había un inconveniente, Dorton. ¿Estaría dispuesto a cambiar de posada?

Kempo sabía que se hospedaba allí y Dorton conocía sus planes, quizás podría contárselos y Kempo avisaría a los guardias de Rínyel, pero si no le decían nada Dorton se quedaría solo, y no era eso lo que Maldon les había encomendado.

– Sé que no es lo que Maldon os encargó, pero no podemos arriesgarnos a llevarnos a Dorton, si nos delata estamos muertos.

Brenzac se sentía contrariado, no lograba aclarar en su cabeza que opción sería la mejor. Lo decidiría en el último momento.

Al llegar a la plaza donde se encontraba la posada, un grupo de personas se encontraba delante de la puerta, eran los guardias de Rínyel, y Dorton y Kempo estaban con ellos.

– ¿Qué hacemos ahora? – cuestionó Brenzac.

– Ven, hay una puerta en el lateral de la posada, entraremos con cuidado, subiremos a la habitación, cogeremos todas nuestras cosas y nos iremos de aquí lo más rápido posible, sin que nos vean.

La puerta lateral estaba despejada. Era la puerta por la que entraban los trabajadores de la posada y, a aquellas horas, todos estaban dentro trabajando. Abrieron con mucho cuidado de no hacer ruido y entraron sigilosamente en el local.

De camino a la habitación no se encontraron con nadie. Entraron y descubrieron que la habitación estaba casi vacía, todas las pertenencias de Dorton ya no estaban allí, lo que les llevó a pensar que, finalmente, Dorton se había puesto de parte de su amigo, así que recogieron sus cosas lo más rápido posible y salieron. Bajaron rápidamente y, justo cuando estaban a punto de salir por la puerta lateral, escucharon como los

guardias de Rínyel entraban en la posada. No tenían tiempo que perder, abrieron la puerta y salieron corriendo renunciando a presenciar lo que ocurriría allí dentro cuando descubriesen que sus cosas ya no estaban allí.

## Capítulo 7

VI

- Por favor, necesitamos una habitación.
  - Lo sé, tengo una habitación libre en el sótano. Tiene una puerta que da a un pasillo subterráneo el cual os llevará a la calle, a las afueras de la ciudad. Podéis utilizarlo si lo necesitáis.
- Aquella tabernera ya había sido informada de la situación y los estaba esperando.
- De acuerdo, esta es la situación. Estamos solos, Dorton ahora está con ellos, tendremos que tener mucho cuidado y cumplir la misión nosotros solos. Nos quedaremos aquí hasta que tengamos nuestros utensilios listos, después buscaremos información sobre como estén las cosas en ese momento y, si todo está más tranquilo, nos iremos. En caso contrario, nos quedaremos aquí unos días más, mejor llegar tarde que no llegar nunca.
- Brenzac estaba totalmente de acuerdo con aquella reflexión. No podía creer que Dorton, su viejo amigo, le hubiese traicionado de aquella manera.
- Dejaron sus cosas en la habitación que les había proporcionado la tabernera y se dispusieron a descansar cuando, de repente, alguien llamó a la puerta. Si eran los guardias de Rínyel no tenían tiempo de salir huyendo, los alcanzarían por el túnel en cuestión de minutos.
- Soy la herrera – se escuchó una voz al otro lado de la puerta. Xeljah abrió y la hizo pasar, traía una bandeja repleta de comida.
  - Supongo que tendréis hambre.
  - La verdad es que me muero por comerme unos trozos de esa carne – Brenzac estaba hambriento.
  - Me alegro, aquí tenéis. – Les dejó la bandeja encima de una mesa que había en un rincón de la pequeña habitación. – ¿Habéis tenido algún problema para recoger vuestras cosas y venir hasta aquí?
  - Cuando llegamos a la posada los guardias que estuvieron en tu taller estaban en la puerta, seguramente nos esperaban. Por suerte pudimos entrar por una puerta lateral y subir a por nuestras cosas. Justo cuando nos disponíamos a salir de nuevo escuchamos a los guardias entrar, pero nos fuimos, así que no sabemos que pasó – le explicó Xeljah.
  - Bien, os contaré lo que pasó después. Os estaban buscando, así que subieron a la habitación porque vuestro amigo Dorton les dijo que vuestras cosas todavía seguían allí. Cuando entraron, con la esperanza de encontraros, vieron que vuestras pertenencias ya no estaban en la habitación, cosa que los enfadó mucho, así que ahora os están buscando por todas partes. Lo mejor será que permanezcáis aquí unos días, sin salir de la habitación, la tabernera y yo os traeremos todo lo que necesitéis e intentaremos daros toda la información de la que dispongamos.
  - Tenemos que trazar un plan. En el momento que salgamos de aquí, sea

cuando sea, estaremos en riesgo de ser perseguidos por la guardia de Rínyel – propuso Xeljah una vez Kyla, la herrera, abandonó la habitación. – Iremos a Eron a ver a tus padres, como teníamos acordado. Después, según los acontecimientos, trazaremos el plan.

A Xeljah le pareció muy arriesgado seguir con lo que tenían previsto, pues Dorton sabía que su intención era ir hasta allí, pero tenía ganas de volver, así que aceptó aquella parte del plan, una vez allí ya verían lo que hacían. Los días pasaron sin noticias, no había pasado nada fuera de lo normal. Los guardias de Rínyel se habían ido de Utycya, los habían estado buscando pero, al no encontrarlos, habían supuesto que ya no estaban allí, que habían huido.

Kyla, en aquellos días, les había preparado sus armas y armaduras. Aunque Xeljah no la había pedido también había una para ella. Fue a buscarlos a la taberna y los llevó al taller, allí se probaron sus prendas nuevas y Kyla las ajustó a sus cuerpos. Eran armaduras sencillas, ligeras, pero seguras.

La espada de Brenzac era una auténtica maravilla. Apenas pesaba y podía manejarla a su antojo, el problema era que él nunca había utilizado una espada. El arco de Xeljah era un poco flexible y los materiales con los que estaba hecho eran de una calidad suprema, nunca había tenido un arma así. En su nueva aljaba cabía el doble de flechas que en la que le fue robada, así nunca se le acabarían cuando le hiciese falta disparar de forma múltiple. Todo el material era perfecto.

Además de aquello, Kyla tenía noticias. Los guardias de Rínyel, junto con Dorton y Kempo, habían viajado al norte. Corrían los rumores de que se dirigían hacia Eron, pero no estaban seguros. Xeljah se alarmó al escuchar esa noticia, "¡mis padres!" fue lo primero que pensó. Kyla trató de tranquilizarla, el rey Maldon ya había sido avisado y había enviado a algunos de sus guerreros para proteger a la gente de Eron. Junto a los guerreros había viajado también un mensajero que volvería lo antes posible con noticias sobre lo que estaba pasando en Eron.

Era la hora de partir hacia Eron. Los guardias ya debían estar allí, por lo que no tendrían problemas en abandonar la ciudad ni los encontrarían por el camino. Además, ya tenían todo el equipamiento que necesitaban, sólo les faltaba una cosa.

– Brenzac, ¿qué tal te llevas con las espadas? – preguntó Kyla con gran interés.

– Bien, nunca me han hecho nada malo. De momento... – contestó.

– Entonces, antes de partir, veamos que tal te manejas con tu nueva espada.

– Pero... – titubeó Brenzac – yo nunca he peleado con un arma.

– Entonces tendrás que aprender antes de partir. No sabéis que podéis encontrar por el camino, y tampoco sabéis donde se encuentran los guardias de Rínyel, ni si hay más de los que hemos visto, no sabemos nada de lo que pasa fuera de Utycya, así que, antes de partir, tendrás que aprender a pelear con la espada – les comunicó Kyla.

Según terminó de pronunciar estas palabras, a Brenzac y Xeljah les cambió la expresión por completo. Xeljah estaba impaciente por partir

hacia su pueblo, quería saber como estaban sus padres, si estaban bien o, por el contrario, los guardias los habían encontrado y los habían torturado, o algo peor, que los hubiesen matado.

– Tranquila, pronto tendremos noticias de como están transcurriendo las cosas en Eron. Seguro que tus padres están bien, el rey Anasor tendrá vigilados a esos guardias de Rínyel. No harán un movimiento sin que Anasor lo sepa.

Pasaron varios días hasta que Brenzac logró asestar un golpe certero con la espada, el uso de las armas no era su mayor fuerte. Tuvieron que pasar tres lunas antes de que estuviese lo suficientemente preparado para poder partir hacia Eron.

Partieron al alba, justo en el momento en el que el sol comenzaba a aparecer en el horizonte y sus primeros rayos iluminaban cada rincón de Utycya.

– Tened cuidado, no sabemos que podéis encontrar por el camino.

– Tranquila Kyla, yo cuidaré de los dos – respondió Brenzac.

Todos los allí presentes soltaron sendas carcajadas.

– Será mejor que Xeljah cuide de los dos y tú seas su ayudante – le contestó Kyla.

– Cuando lleguemos a Eron sabré manejar la espada mejor que cualquiera de esos apestosos guardias – se defendió Brenzac. – Te lo prometo.

Cruzaron la ciudad dirigiéndose a la salida norte. Kyla y la tabernera los acompañaron.

– Nos veremos pronto – prometió Kyla.

– Todo irá bien – les dijo la tabernera.

– Gracias por todo, nunca lo olvidaremos – se pronunció Brenzac.

– Os enviaremos noticias – sentenció Xeljah.

Y ambos, ataviados con sus pertenencias, las antiguas y las nuevas, partieron de Utycya hacia el norte. Su próximo destino era Eron.

## Capítulo 8

VII

–Dudo mucho que los padres de esa muchacha sepan algo. Cuando la encontramos en el bosque estaba regresando de ver a Maldon, así que, la mayor información que podrán proporcionarnos sobre su paradero es que se encuentra en Etris entregando un encargo y que todavía no ha regresado.

– Ha podido mandar algún mensaje con alguien y que tú no lo sepas.

–No lo creo, ellos en ningún momento han dudado de mí. Seguramente todavía se pregunten donde estoy o si los habré abandonado.

–Venga ya Dorton. Cuando estuvimos esperándolos en la posada tú dijiste que sus pertenencias estaban allí. En el momento en el que entramos en aquella habitación ya no había nada y nadie los vio entrar por la puerta principal. Aquel día tuvieron que verte con nosotros en la puerta de la posada. Seguramente entraron por la puerta lateral, la cual no sabíamos que existía hasta que nos lo dijo la dueña, y se marcharon por el mismo sitio.

Dorton se quedó pensativo ante aquella reflexión de Kempo.

Probablemente tenía razón, los muchachos sabrían, a aquellas alturas, que los había traicionado, pero seguía pensando que Xeljah no habría mandado ningún mensaje a su familia. Lo único que no sabían era si habían partido de Utycya antes que ellos. En ese caso deberían haber llegado a Eron ya, a no ser que hubiesen cambiado de planes por el conocimiento que Dorton tenía acerca de los recientes movimientos que se proponían llevar a cabo.

Los guardias llamaron a la puerta de la forja. Un hombre alto, fuerte y sin pelo apareció ante ellos.

–Buenos días, ¿qué desean?

–Buenos días. Somos guardias del reino de Tharcana, queríamos saber si su hija se encuentra en casa.

–Ya sé quienes son y no, mi hija no se encuentra en casa. Fue a Etris a llevar un encargo y todavía no ha vuelto.

–¿Y no tienen ninguna noticia sobre ella?

–Nada de nada. ¿A qué se debe tanta insistencia en saber donde está mi hija?

–Solamente queríamos hablar con ella sobre un muchacho al que estamos buscando. Un delincente peligroso que ha sido visto en Utycya en estos últimos días acompañando a su hija.

–¿Mi hija con un delincente peligroso? Es de chiste. Mi hija jamás se acercaría a nadie peligroso.

–Bueno, no sabemos si ella sabe quién es él. Si reciben noticias de su hija o vuelve a casa nos gustaría hablar con ella. Estaremos por el pueblo, espero su colaboración.

–Claro, por supuesto.

El hombre cerró la puerta y dejó a los guardias allí plantados. Su hija con un delincente peligroso. Aquello no entraba en su cabeza.

–Os dije que no nos diría nada útil –se quejó Dorton.

–Bueno, había que intentarlo. Ahora que saben que la buscamos nos informarán cuando tengan noticias.

–O no. Es su hija, ¿tú entregarías a tu hija a unos guardias simplemente porque estos dicen que la han visto con un delincente peligroso? Yo no. Primero querría saber quien es ese muchacho y por qué estaba con él, entonces ella les contará todo y nosotros no tendremos noticias tuyas. Dorton creía que el encuentro con el herrero había sido un error. No tenían que haber ido a preguntar por Xeljah, se tendrían que haber limitado a esperar que llegasen a Eron y entonces cogerlos a los dos. Hacía cuatro o cinco lunas que habían partido de Utycya y, desde entonces, no habían probado una cama. Lo más cerca que habían estado de dormir en una había sido en un establo que encontraron por el camino repleto de fardos de paja.

Buscaron una posada, una taberna con habitaciones también les valía, y reservaron unas habitaciones para poder descansar. Acababan de llegar a Eron así que los muchachos tardarían, mínimo, otras cuatro o cinco lunas en llegar, dependiendo de lo que hubiesen tardado en salir de Utycya desde que ellos se fueron.

Una vez alojados solo tenían que esperar a que apareciesen en el pueblo.

## Capítulo 9

VIII

El camino de la salida norte de Utycya estaba totalmente despejado. A esas horas tan tempranas los habitantes de la ciudad estaban comenzando a despertar. Era día festivo en la ciudad y todos aprovechaban para arrancarles unas horas más de sueño a sus camas. De esta forma Brenzac y Xeljah no encontrarían a nadie en el primer tramo del camino o, al menos, eso esperaban ellos.

Además de todas sus pertenencias y sus nuevas armas Kyla les había prestado un burro. Les serviría como ayuda para transportar todo lo que llevaban encima. Contaban con que tardarían en llegar a Eron entre cuatro y cinco lunas, tal vez algo más si las cosas se ponían feas por el camino, así que se habían provisionado bien y llevaban dos alforjas repletas de comida.

–¿Te has dado cuenta? Voy a tener que aguantarte yo solito durante cuatro o cinco lunas. Cuando lleguemos a tu casa les pediré a tus padres una recompensa por mi paciencia –bromeó Brenzac.  
–¿Has visto la armadura que me ha regalado Kyla? Es mi recompensa por aguantarte a ti desde que nos conocemos.  
–Ya está la graciosa de turno –refunfuñó Brenzac.

La mañana era espectacular, soleada. Los pájaros canturreaban sin cesar y la temperatura era de lo más agradable, se acercaba el buen tiempo y se notaba en el ambiente.

Después de varias horas recorriendo el sendero que les conduciría a Eron decidieron que era hora de parar a comer y descansar un rato. Brenzac seguía mosqueado por la broma que Xeljah le había hecho al poco de emprender el viaje y apenas habían cruzado palabra desde entonces.

–Te diré una cosa. No es lícito que tú puedas hacer bromas y nos tengamos que reír y cuando te las hacen a ti te enfades como un bebé.  
–No estoy enfadado.  
–No, qué va. Llevas sin dirigirme la palabra casi desde que hemos salido de Utycya.  
–No ha sido por la broma.

–¿Ah, no? Entonces, ¿a qué se debe tu silencio?

Brenzac se quedó pensativo. Sabía que parte de su silencio se debía a esa razón pero, por otra parte, estaba preocupado.

–Estoy preocupado, pero no sé muy bien por qué. Sigo pensando que todo esto me viene grande, yo no estoy preparado para afrontar una misión de este tipo solo. Antes tenía a Dorton que me inflingía confianza pero ahora ya no está, me ha traicionado y se ha puesto de parte de Rínyel. No sé como tengo que actuar, qué tengo que hacer, no sé nada.

–Gracias por la parte que me toca, querido. No estás solo, yo estoy contigo. Y mucha otra gente también está contigo, como Kyla, por ejemplo. Tampoco sé lo que tenemos que hacer, pero lo descubriremos. Lo descubriremos, lo haremos y pararemos esta guerra que está a punto de explotar. Entiendo que estés preocupado, pero saldremos adelante con todo esto.

Ante estas palabras que Xeljah le acababa de dedicar, Brenzac no pudo evitar avalanzarse sobre ella y abrazarla. Era la primera vez que estaban tan cerca el uno del otro. Xeljah olía igual que los primeros rayos de sol cuando amanece, olía igual que el rocío que se posa delicadamente sobre las flores cada mañana, nunca había olido a nadie que oliese parecido a ella. Aquel olor se adentró en su memoria para siempre, sabía que nunca se le olvidaría y que, cada mañana, recordaría a aquella chica que ahora lo acompañaba.

–Perdona, yo...–balbuceó Brenzac.

–No te preocupes, no pasa nada, solo es un abrazo–le disculpó Xeljah.–¿Qué te pasa? ¡Pareces un tomate!

Brenzac no sabía donde meterse, no podía verse la cara pero la sentía muy caliente y Xeljah le había confirmado que se había puesto rojo.

–Creo que voy a ir a buscar agua, ve preparando el fuego para hacer la comida– y Brenzac se fue en busca de algún riachuelo que pasase por allí.

Prepararon la comida y, después de comer, acomodaron las esterillas que llevaban atadas al burro y se echaron a descansar un rato. La tienda de campaña no era necesaria, tan sólo era cuestión de un par de horas y hacía un día deslumbrante. Sin darse cuenta, mientras hablaban de cosas

banales, se quedaron dormidos.

Xeljah fue la primera en despertarse de la merecida siesta. Será, más o menos, media tarde calculó por la posición en la que se encontraba el sol en aquel momento. Acto seguido miró hacia el lugar donde Brenzac todavía seguía durmiendo. Lo observó detenidamente. No era el hombre más guapo del universo pero tenía su punto, bastante atractivo en comparación con los muchachos de Eron que ella conocía. Se sentía a gusto con él, a pesar de no saber ni siquiera manejar una espada también se sentía segura a su lado, era buena persona, lo había podido comprobar cuando la encontraron tirada entre aquellos matorrales y le ofreció su ayuda. Después no la había dejado sola ni un solo minuto.

Al poco tiempo Brenzac despertó, se desperezó y preguntó:

–¿Qué hora será?

–Calculo que, más o menos, será media tarde. Si recogemos ahora y continuamos podremos avanzar durante, aproximadamente, tres horas antes del ocaso.

–Entonces, pongámonos en marcha, todavía nos quedan un par de lunas hasta llegar a Eron.

Se levantaron de sus esterillas y recogieron todos sus bártulos. Colocaron todo lo que pudieron encima del burro y emprendieron de nuevo su camino.

El bosque Ephir desprendía magia en toda su extensión. Decían las leyendas que, en épocas anteriores, en aquel bosque habían vivido todo tipo de criaturas. Desde hadas mágicas hasta los más monstruosos y despiadados seres. Por supuesto, en la actualidad, nadie había visto nunca nada de eso, pero se podía sentir la magia que habitaba en aquel lugar.

Tras casi tres horas de camino, en la lejanía, divisaron unas edificaciones. Nadie les había hablado de que hubiese gente viviendo dentro del bosque, sin tener en cuenta la ciudad de Utycya. Aquello les extrañó.

Dejaron el burro atado a un árbol en una zona no muy lejos, pero tampoco muy cerca, de las edificaciones que acababan de encontrar y se dispusieron a acercarse para hacer un reconocimiento del lugar. Por el aspecto que tenían no parecía que nadie viviese allí. Seguramente estas pequeñas cabañas sirven de refugio a los cazadores pensó Brenzac, pero no estaba seguro de aquel pensamiento. Con mucho cuidado y protegidos por la naturaleza se acercaron lo suficiente como para concluir que allí no

había nadie.

Eran cabañas pequeñas. Su tejado estaba construido con ramas, seguramente conseguidos por la zona. Las paredes estaban recubiertas de una especie de barro que ninguno de los dos había visto nunca. Disponían de una puerta, algo más pequeña de lo que era habitual encontrar, y un par de ventanas. No se apreciaba ningún tipo de movimiento en ninguna de ellas.

–Parece que no hay nadie.

–Sí, eso parece. Pero antes de acercarnos más o entrar en alguna de ellas deberíamos asegurarnos a ciencia cierta de que no hay nadie. Mejor no llevarnos ninguna sorpresa–apuntó Xeljah. Como buena arquera que era y, tras cruzar varias veces aquel bosque, sabía que no podían fiarse de las apariencias.

Sigilosamente se acercaron a la cabaña más próxima. De repente se escuchó un ruido que no esperaban. Se agazaparon detrás de unos grandes árboles y observaron. Al poco tiempo se dieron cuenta de que aquel sonido no venía de las cabañas, venía del este.

–No parece un ruido peligroso.

–No lo sabemos.

–Venga ya, ¿tan buena arquera que eres y no sabes qué sonido es?

–¿Perdona? A ver listillo, que sonido es, ilústreme con tu sabiduría–contestó Xeljah un poco molesta.

–Calla y escucha–se quedaron en silencio.–Como puedes apreciar, se trata de agua. Así que, gracias a mi gran sabiduría–se burló Brenzac–deduzco que es un río que pasa cerca de aquí.

Xeljah lo miró con cara de pocos amigos, en ese momento lo único que quería era tirarle una piedra a la cabeza.

–Por tu cara, también deduzco que ahora mismo me matarías.

–Deduces bien–respondió Xeljah, y ambos se echaron a reír.

Tras la confusión con el sonido del río, se acercaron hasta la primera cabaña. No percibían ningún ruido en su interior así que se asomaron por una de las ventanas. No vieron a nadie. La estancia estaba casi vacía. A través de los sucios cristales lograron distinguir un pequeño catre a la izquierda de la puerta, una chimenea sin fuego pero llena de cenizas al fondo, una especie de cocina a la derecha de la puerta, y un sillón en el centro. Definitivamente son refugios de los cazadores, concluyó Brenzac para sí mismo.

–Parecen refugios. Seguramente los utilicen los cazadores en el invierno o los soldados para descansar de algún largo viaje.

–Eso mismo había pensado yo. Aunque lo de los soldados no lo había

deducido, veo que tu también posees algo de sabiduría.

Ahora sí, Xeljah quería matarlo. Cogió un pequeño pedrusco que encontró en el suelo y se lo lanzó. Gracias a su buena puntería le dió en la cabeza.

–¡Auch!–se quejó Brenzac.

–Lo tienes bien merecido–respondió Xeljah orgullosa.–Vayamos a comprobar que el resto de las cabañas también están vacías. De ser así traeremos el burro y pasaremos aquí la noche, yo dormiré en la cama y tú en el sillón.

–De eso nada, me niego a dormir en el sillón, no tiene ninguna pinta de ser cómodo. Lo echaremos a suertes.

–¿Vas a dejar que una dama como yo duerma en el sillón?–preguntó Xeljah con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

–Aquí no hay distinción de damas y caballeros. ¡Los dos somos guerreros en misión real!–respondió Brenzac con tono solemne.

Xeljah no lo pudo evitar y soltó una carcajada.

–¿Guerrero? ¿Tú?

–¡Pues claro! Si me han confiado esta misión quiere decir que soy un guerrero, ¿no?

–Dejémoslo en principio de aprendiz–se burló la chica.

Esta vez era Brenzac quien la miraba con cara de poco amigos.

–Vamos a inspeccionar el resto de las cabañas antes de que sea yo quien te tire un pedrusco a la cabeza.

Ambos comprobaron una por una todas las cabañas asegurándose de que no había nadie en ninguna de ellas. Cuando observaron por la ventana de la última cabaña se llevaron una gran sorpresa. Aquella cabaña no estaba mal cuidada y tampoco le faltaba detalle. El fuego de la chimenea estaba encendido, sobre la cocina había una pequeña tetera que bullía sin cesar, alguien estaba preparando té. Las paredes estaban decoradas con cuadros de todo tipo y había ropa colgada en la pared cerca de la cama. No cabía duda de que allí vivía alguien.

–Daos la vuelta despacio con las manos donde pueda verlas–dijo una voz masculina a su espalda.